

ros y *cheminots*, en las que puede alegarse el descontento de los empleados, sino á sucesos en los que la multitud estaba en absoluto desinteresada. Tal, por ejemplo, el levantamiento popular provocado por algunos agitadores socialistas en el pueblo parisién al siguiente día de la ejecución en España del anarquista Ferrer. El populacho francés no había oído jamás hablar de él. En España, su ejecución pasó casi desapercibida.

En París, la excitación de algunos agitadores bastó para lanzar un verdadero ejército popular contra la Embajada de España, con el propósito de quemarla. Parte de la guarnición tuvo que protegerla. Rechazados con energía, los asaltantes limitáronse á asaltar los comercios y construir algunas barricadas.

Los agitadores dieron en igual circunstancia una nueva prueba de su influencia. Acabando por comprender que incendiar una Embajada extranjera podía ser en extremo peligroso, ordenaron para el siguiente día una manifestación pacífica, y fueron tan fielmente obedecidos como después de haber ordenado un motín violento. Ningún caso muestra mejor el papel de los agitadores y la sumisión de las multitudes.

Los historiadores que, de Michelet á M. Aulard, han representado las multitudes revolucionarias como si hubieran obrado solas y sin jefes, no han conocido su psicología.

## CAPÍTULO V

### Psicología de las asambleas revolucionarias.

#### § 1.—CARACTERES PSICOLÓGICOS DE LAS GRANDES ASAMBLEAS REVOLUCIONARIAS.

Una gran asamblea política, un Parlamento, por ejemplo, es una multitud; pero una multitud á veces de poca actuación, en razón de los sentimientos contrarios de los grupos hostiles de que se compone.

La presencia de esos grupos animados de diversos intereses debe hacer que se considere una asamblea como formada de multitudes heterogéneas superpuestas, obedeciendo cada una á agitadores particulares. La ley de la unidad mental de las multitudes no se manifiesta entonces más que en cada grupo, y sólo á consecuencia de circunstancias excepcionales llegan los grupos diferentes á fusionar su voluntad.

Cada grupo de una asamblea representa un ser único. Los individuos que contribuyen á la formación de este ser, cesan de seguir siendo ellos mismos y votarán sin vacilación contra sus convicciones y sus voluntades. La víspera del día en que había de ser condenado Luis XVI, Vergniaud protestaba indignado contra la idea de que pudiera votar la muerte, y, sin embargo, la votó al siguiente día.

La acción de un grupo consiste principalmente en fortalecer las opiniones vacilantes. Toda convicción individual débil se consolida al convertirse en colectiva.

Los agitadores violentos y que poseen prestigio llegan algunas veces, actuando sobre todos los grupos de una asamblea, á hacer una sola multitud. La mayoría de los miembros de la Convención dictó las medidas más contrarias á sus opiniones, bajo la influencia de un reducido número de agitadores de esa especie.

Las colectividades se han doblegado en todos los tiempos ante sectarios enérgicos. La historia de las asambleas revolucionarias muestra hasta qué punto, á pesar de su atrevimiento de lenguaje para con los reyes, eran pusilánimes ante los agitadores que dirigían los motines. La invasión de una banda de energúmenos mandados por un jefe imperioso, bastaba para hacerles votar, en el transcurso de la sesión, las más contradictorias y absurdas medidas.

Una asamblea que tenga los caracteres de una multitud será, como ella, extremada en sus sentimientos. Excesiva en la violencia, excesiva también en la pusilanimidad. De igual manera se mostrará insolente con los débiles y servil ante los fuertes.

Conocida es la humildad temerosa del Parlamento cuando el joven Luis XIV entró látigo en mano y pronunció su breve discurso. También es conocido el desdén, cada vez en aumento, con que la Asamblea Constituyente trataba á Luis XVI, á medida que lo consideraba más desarmado. Conocido es, en fin, el terror de los convencionalistas bajo el reinado de Robespierre.

Siendo ley general esta característica de las

asambleas, preciso es considerar como una grave falta de psicología para un soberano la de convocar una asamblea cuando se debilita su poder. La reunión de los Estados Generales costó la vida á Luis XVI. Casi se apoderó del trono de Enrique III cuando, obligado á abandonar París, tuvo la desdichada idea de reunir en Blois los Estados Generales. Observando la debilidad del rey, pronto hablaron en concepto de dueños, modificando los impuestos, revocando á los funcionarios, y pretendiendo que sus decisiones tuvieran fuerza de ley.

La exageración progresiva de los sentimientos observóse con toda claridad en todas las asambleas de la Revolución. La Constituyente, primeramente muy respetuosa á la autoridad real y á sus prerrogativas, absorbió gradualmente todos los poderes, acabando por proclamarse Asamblea soberana, y tratando á Luis XVI como á un sencillo empleado. La Convención, después de ciertos comienzos relativamente moderados, incurrió en una primera forma del Terror, en la que los juicios estaban protegidos por algunas garantías legales; mas luego, exagerando su potencia, dictó una ley desposeyendo á los acusados de todo derecho de defensa, y permitiendo fueran condenados por la simple presunción de ser sospechosos. Cediendo cada vez más á sus furiosos sanguinarios, acabó por diezmarse ella misma. Girondinos, hebertistas, dantonistas y robespierristas vieron sucesivamente cómo acababa su carrera á manos del verdugo.

Esta aceleración de sentimientos en las asambleas explica por qué fueron siempre tan poco dueñas de sus destinos y llegaron tan múltiples veces á resultados exactamente contrarios á los fines que se proponían. Católica y realista, la Constituyente,

en lugar de la monarquía que quería establecer y de la religión que pretendía defender, rápidamente condujo á Francia á una república violenta y á la persecución del clero.

Las asambleas políticas están compuestas, como hemos visto, de grupos heterogéneos; pero existen otras formadas de grupos homogéneos, como algunos clubs que desempeñaron importantísimo papel durante la Revolución, y cuya psicología merece un estudio especial.

#### § 2.—PSICOLOGÍA DE LOS CLUBS REVOLUCIONARIOS.

Las pequeñas reuniones de hombres que poseen iguales opiniones y creencias y los mismos intereses, eliminando todos los disidentes, se diferencian de las grandes asambleas por la unidad de sus sentimientos y, por consiguiente, de sus voluntades. Tales fueron en tiempos las comunidades, las congregaciones religiosas, las corporaciones, y luego los clubs durante la Revolución, las sociedades secretas en la primera mitad del siglo XIX, y, en fin, los francmasones y los sindicatos obreros de hoy.

Esta diferencia entre una asamblea heterogénea y un club homogéneo debe ser perfectamente estudiada para percibir la marcha de la Revolución francesa. Hasta el Directorio, y sobre todo durante la Convención, fué dominada por los clubs.

Á pesar de la unidad de su voluntad, debida á la ausencia de diversos partidos, los clubs obedecen á las leyes de la psicología de las multitudes. Por consiguiente, están sometidos á los agitadores. Pudo apreciarse principalmente en el club de jacobinos, dirigido por Robespierre.

El papel de agitador de un club, multitud homo-

génea, es mucho más difícil que el de agitador de una multitud heterogénea. Es fácil conducir á ésta, haciendo vibrar unas cuantas cuerdas. En un agrupamiento homogéneo, como un club, donde los sentimientos é intereses son idénticos, es necesario saber manejarlos, y el agitador se ve á menudo dominado.

Una gran fuerza de las aglomeraciones homogéneas radica en su anonimado. Sabido es que durante la Commune de 1781, bastaron algunas órdenes anónimas para hacer incendiar los más hermosos monumentos de París: la casa Ayuntamiento, las Tullerías, el Tribunal de Cuentas, la Legión de Honor, etc. La orden concisa de los comités anónimos: «Incendiad Hacienda, incendiad Tullerías, etcétera», fué inmediatamente ejecutada. Un azar inesperado salvó solamente el Louvre y sus colecciones. También es conocido el respeto con que religiosamente se escuchan actualmente las más absurdas inducciones de los jefes anónimos de los sindicatos obreros. Los clubs de París y la Commune insurreccional no fueron menos desobedecidos en la época de la Revolución. Una orden emanada de ellos bastaba para lanzar sobre la Asamblea un populacho armado que le dictaba sus voluntades.

Resumiendo la historia de la Convención en otro capítulo, veremos la frecuencia de tales irrupciones y el servilismo con que esta asamblea, considerada por mucho tiempo en las leyendas como muy enérgica, doblegábase ante las órdenes más imperativas de un puñado de amotinados. Aleccionado por la experiencia, el Directorio cerró los clubs y puso fin á las invasiones del populacho, haciéndole ametrallar con toda energía.

La Convención comprendió además en seguida

la superioridad de los grupos homogéneos sobre las asambleas heterogéneas para gobernar, y por esto se subdividió en comités compuestos cada uno de un número restringido de individuos. Estos comités, Salud pública, Finanzas, etc., formaban pequeñas asambleas soberanas en la grande. Su poder no fué superado más que por el de los clubs.

Las consideraciones que preceden, muestran la potencia de las agrupaciones sobre la voluntad de los miembros que las componen. Si la agrupación es homogénea, esta acción es considerable; si es heterogénea, la acción será menos grande, pero podrá, sin embargo, llegar á ser importante, sea porque ciertas agrupaciones enérgicas de una asamblea dominan las de débil cohesión, sea porque ciertos sentimientos contagiosos se propagan á menudo á todos los miembros de una asamblea.

Un caso memorable de esta influencia de las agrupaciones tuvo lugar en tiempos de nuestra Revolución, cuando en la noche del 4 de Agosto votó la nobleza, por proposición de uno de sus miembros, el abandono de los privilegios feudales. Sabido es que prendió la Revolución en gran parte por causa de la negativa del clero y de la nobleza á renunciar á sus privilegios. ¿Por qué este renunciamiento, negado en principio? Sencillamente porque los hombres en colectividad no obran como cuando se hallan aislados. Individualmente, ningún miembro de la nobleza hubiera abandonado sus derechos.

De esta influencia de las asambleas sobre sus miembros, Napoleón, en Santa Elena, cita curiosos casos:

«Nada más común, dice, que hallar hombres de esta época muy en contraposición de la reputación que sus palabras y actos de entonces parecían justificar. Creeríase á Monge, por ejemplo, un hombre terrible. Cuando la guerra era cosa decidida, subió á la tribuna de los jacobinos y declaró que por adelantado prometía dar sus hijas á los dos primeros soldados heridos por el enemigo... Quería que todos los nobles fuesen asesinados, etcétera. Sin embargo, Monge era el hombre más dulce y débil y no hubiera consentido en matar un pollo, ni por sus manos ni en su presencia.»

### § 3.—ENSAYO DE INTERPRETACIÓN DE LA EXAGERACIÓN PROGRESIVA DE LOS SENTIMIENTOS EN LAS ASAMBLEAS.

Si los sentimientos colectivos fuesen susceptibles de medida cuantitativa exacta, podrían representarse por una curva, que, después de un ascenso lento al principio, y después muy rápido, desciende casi verticalmente. La ecuación de esta curva podría denominarse ecuación de las variaciones de los sentimientos colectivos sometidos á una constante excitación.

No es siempre cosa fácil explicar la aceleración de ciertos sentimientos bajo la influencia de una causa constante. Tal vez, sin embargo, podría señalarse que si las leyes de la psicología son comparables á las de la mecánica, una causa de aumento invariable, pero que obra de una manera continua, debe acrecer rápidamente la intensidad de un sentimiento.

Por ejemplo, se sabe que una fuerza constante en magnitud y dirección, tal como la de un peso actuando sobre un cuerpo, le imprime un movimiento acelerado. La velocidad de un móvil al caer al espacio bajo la influencia de un peso sería de

unos 10 metros durante el primer segundo, 20 metros durante el segundo, 30 metros durante el tercero, etc. Sería fácil, haciendo caer el cuerpo desde bastante altura, darle una velocidad suficiente para perforar una plancha de acero.

Pero si esta explicación es aplicable á la aceleración de un sentimiento sometido á una fuerza constante, no nos dice, en cambio, por qué acaban por cesar bruscamente los efectos de la aceleración. Tal detención no llega á ser explicable si no es haciendo intervenir interpretaciones fisiológicas, es decir, recordando que tanto el placer como el dolor no pueden trasponer ciertos límites, y que toda excitación demasiado violenta provoca la parálisis de la sensación. Nuestro organismo no puede soportar más que un máximo de goce, de dolor ó de esfuerzo, y aun así no podría soportarlos durante largo tiempo. La mano que comprime el dinamómetro llega muy pronto al agotamiento de su esfuerzo y se ve obligada á soltarlo bruscamente.

El estudio de las causas de la rápida desaparición de ciertos grupos de sentimientos en las asambleas, debe de tener en cuenta el hecho de que, al lado del partido dominante por medio de su fuerza ó de su prestigio, se encuentran otros cuyos sentimientos, contenidos por esta fuerza ó este prestigio, no han podido adquirir todo su desarrollo. Cualquiera circunstancia que debilite un poco al partido dominante, puede dar origen á que, inmediatamente, los sentimientos postergados de los partidos contrarios puedan convertirse en preponderantes. Los montañeses realizaron la experiencia después de Thermidor.

Todas las analogías que se han intentado establecer entre las leyes á que obecen los fenómenos

materiales y las que rigen la evolución de los elementos afectivos y místicos, son evidentemente en extremo vulgares. Y así ocurrirá necesariamente hasta el día en que el mecanismo de las funciones cerebrales sea menos ignorado que al presente.

---